AMERICA LATINA
CLAMA A LAS IGLESIAS

Luis Carlos Bernal

BT
738
.15
.B47
1983

BT
738
.15
.B47
1983

LUIS CARLOS BERNAL

América Latina clama a las iglesias

un reto a la Asamblea de Vancouver

Cuadernos Nº 7

PRESENTACION

Presentamos este cuaderno como un aporte del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) a la Sexta Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias a celebrarse en Vancouver, Canadá, en el mes de julio del presente año.

En la actual situación de América Latina y en especial la de América Central, miramos hacia esta importante Asamblea con fe y esperanza realista, sabiendo que el Espíritu de Dios la guiará para responder al grito de clamor cada vez más fuerte que nos hace oír el pueblo de América Latina. Por ello fijamos nuestra esperanza en el Señor de la Historia para que disponga de esta Asamblea como instrumento efectivo para responder a este clamor y para que su gloria sea manifiesta.

DEI - Julio, 1983

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 26 1986
THEOLOGICAL SEMINARY

BT
734
.15
.B47
1983

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/americalatinacla00bern

LUIS CARLOS BERNAL

América Latina clama a las iglesias

un reto a la Asamblea de Vancouver

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 26 1986
THEOLOGICAL SEMINARY

Cuadernos *Nº 7*

CORRECCION Y DIAGRAMACION: Jorge David Aruj

Hecho el depósito de ley
Reservados todos los derechos

Luis Carlos Bernal
Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1983

DEI
Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apdo. 339-San Pedro de Montes de Oca
SAN JOSE - COSTA RICA

I. INTRODUCCION

En julio de 1983 se tendrá en Vancouver el Encuentro de las Iglesias Cristianas congregadas en el Consejo Mundial de Iglesias para orar, reflexionar, compartir y buscar respuestas cristianas al mundo de hoy, teniendo como tema central: *Jesucristo vida del mundo.*

Con vistas a este gran momento eclesial, partiendo de la situación de América Latina, caracterizada por la violación de los derechos humanos e impulsados por la solidaridad cristiana, queremos ofrecer estas sencillas reflexiones pastorales, haciendo énfasis en la defensa de la vida material, concreta, histórica de los hombres.

II. LAS IGLESIAS CRISTIANAS ANTE LA VIOLACION DE LOS DERECHOS HUMANOS

> ¿Dónde está tu hermano Abel?
> ¿Qué has hecho?
> La sangre de tu hermano se oye
> clamar a mí.

1. Situación actual de América Latina

Con sus 352.989.836 (1980) de habitantes, América Latina es uno de los continentes más significativos desde el punto de vista cristiano. Esto hace que esté constituyéndose como una gran reserva cristiana. Si además tenemos en cuenta el movimiento de renovación eclesial que se está dando en su seno debemos mirar al continente como una esperanza de fe para el futuro.

A su condición de creyente, América Latina une su condición de explotada. Nació a la cultura occidental mediante una conquista dolorosa y violenta; más tarde, su historia ha sido una interminable secuencia de dominación secular a la sombra del nombre cristiano. Hoy en día su situación no es mucho mejor que la que fue impuesta por la fuerza hace cinco siglos.

Su condición actual es la de una permanente violación "legal" de los derechos primarios y fundamentales de las mayorías populares; alrededor de la mitad de su población tiene graves problemas de hambre física, desnutrición, falta de salud, de educación, de vivienda, de seguridad social, de empleo. . . Se les niega la satisfacción primaria de sus necesidades básicas de subsistencia. En lenguaje bíblico, se les despoja de la heredad que les ha sido dada por el Señor.

Esta situación no se debe al azar ni es producto del destino; tampoco se debe a la voluntad de Dios sino a la crueldad de un sistema socio-político que sacrifica a las mayorías en el altar del capital. Las causas pues, son históricas como por ejemplo el comportamiento del Estado y de los Militares que, afirmando obrar en favor de todos los ciudadanos, reprimen al pueblo para defender a los poderosos.

Las clases populares, sin embargo, están despertando de su letargo secular. Crece la conciencia de sus propios derechos, aumentan los conflictos sociales, se ensayan salidas políticas diferentes, las Iglesias cristianas comienzan a comprometerse desde una óptica liberadora en las luchas populares, por diferentes caminos se marcha hacia una mejor organización popular.

Ante estos fenómenos de malestar generalizado y búsqueda de liberación por parte del pueblo, el sistema ha respondido con la práctica de la teoría de la Seguridad Nacional. Para sostener el sistema que tantas ventajas les aporta, las clases dominantes no han encontrado otra salida que acudir abiertamente a la represión. Las torturas, las desapariciones, el asesinato, la militarización, los consejos de guerra. . . se han generalizado en no pocos países. La violación de los derechos humanos ha revestido formas insólitas genocidas y aberrantes.

Cosas como la desaparición de opositores políticos provocada por la Junta Militar en Argentina, incineración de prisioneros en los hornos de Lonquen en Chile, supresión de todos los derechos políticos en Uruguay y otros países, entrega de guerrilleros colombianos por parte de los militares ecuatorianos violando tratados internacionales, masacre de población civil, mujeres y niños refugiados en territorio hondureño por tropas salvadoreñas, genocidios masivos en el río Sumpul y en la Cueva de la Pintada en el Salvador, masacre de ancianos, mujeres y niños en la aldea en Guatemala, intervención abierta de los Estados Unidos en El Salvador, descaradas "acciones encubiertas" del Presidente Reagan contra Nicaragua. . . indican que se han borrado las fronteras y que todo se justifica ante la "Seguridad Nacional" y los intereses norteamericanos.

Sin entrar a denunciar casos semejantes en el bloque socialista, lo más grave de todo es que, supuestamente por la defensa de la "cultura occidental cristiana" se ocultan los hechos y se tergiversa sistemáticamente la verdad. Los gobiernos mienten a la vista de todos llegando hasta el cinismo, como si la realidad en sí misma no contara, y sólo valiera la devaluada palabra oficial.

2. Opción de Cristo por el hombre, por el pobre

Esta realidad cuestiona profundamente nuestro ser. Tratemos de entender su cuestionamiento desde nuestra visión cristiana.

A lo largo de la historia ha habido diferentes formas de reflexionar teológicamente, pero el esfuerzo de la Iglesia siempre ha sido hacer cada vez más comprensible el Mensaje del Señor. Hoy, en

América Latina especialmente, se hace teología, tratando de percibir en el momento actual la voluntad de Dios para el Continente. Dios no se ha callado sino que sigue comunicándose con su pueblo aunque no a través de manifestaciones extraordinarias y milagrosas sino en la cotidianidad concreta de los hechos. Dios se revela en la historia o, mejor aún, para quienes tienen fe, la historia revela al Señor. Dios se comunica sea por su Palabra afirmativa pronunciada desde las situaciones que humanizan a la especie, o sea por su silencio que reprueba situaciones deshumanizantes. Tanto en la afirmación de Dios como en su silencio podemos descubrir al Señor de la historia.

La situación actual que atraviesa el Pueblo de Dios en América Latina es sacramento del silencio reprobatorio del Señor. Cuando se encuentran regímenes socio-políticos que a la sombra de "la legalidad" mantienen a las mayorías en condiciones infrahumanas, cuando se encuentran gobernantes que en nombre de la "Seguridad Nacional" esclavizan la persona al Estado, cuando en nombre de la autoridad se tortura y se asesina a quienes disienten políticamente, cuando, en fin, en nombre de la paz y del orden establecido se amordaza a las Iglesias para que cohonesten la situación, a través de esas realidades, el Señor mismo está denunciando la injusticia y la opresión. A través de esta realidad dolorosa y aplastante, el Señor está cuestionando nuestra concepción del hombre, de la sociedad, el papel de las Iglesias.

Esta palabra de Dios se escucha más claramente cuando tenemos a Cristo como nuestro principal referente. El, que es la imagen perfecta del Dios invisible, por su identificación total con la voluntad de su Padre, realiza a plenitud la dignidad humana. Al volvernos hacia El podemos valorar con mayor justeza lo aberrante de las situaciones que se están viviendo en América Latina.

La teología clásica ha buscado comprender a Jesucristo ante todo y casi exclusivamente como Hijo de Dios. Sus preocupaciones principales han estado en el nivel de la divinidad: preexistencia de Cristo, su unión hipostática, su misión salvífica, su resurrección gloriosa. . . misterios todos fundamentales a la fe cristiana; sin ellos imposible imaginar siquiera la profundidad del misterio humano ni agradecer la plenitud a que estamos llamados.

Reconociendo la importancia crucial de arañar en el misterio, pues en él se fundamenta el destino último del hombre, dichas reflexiones han estado sin embargo coloreadas de un cierto docetismo. La vida histórica de Jesús de Nazaret, los episodios concretos en su significación humana, su comportamiento en las diferentes situaciones, la trama altamente conflictiva de su vida, las implicaciones socio-políticas de sus tomas de posición. . . todo esto ha sido estimado como detalles sin importancia o, a lo sumo, como episodios aislados relegados a la piadosa meditación de los cristianos.

Ahora bien, a partir de un enfoque diferente, América Latina comienza a desarrollar una reflexión teológica que directamente incide en la práctica de los cristianos. Esta teología encuentra en

la trama concreta de la vida histórica de Jesús, por debajo de ciertos datos culturales, el paradigma orientador y normativo de desarrollo histórico de toda vida cristiana, a saber, la parcialización de Dios por el pobre, por el que sufre la injusticia, por el oprimido, por el explotado. Nos referimos en este caso a quienes sufren la pobreza material, el sufrimiento concreto, la opresión histórica. Dios ama al pobre pero denuncia la pobreza; prefiere al oprimido precisamente porque rechaza la opresión; lucha con el explotado contra la explotación.

Para esta teología, la teología de la liberación, no es indiferente el que Jesús, siguiendo la línea liberadora del Dios del Antiguo Testamento que pone en juego todo su poder para sacar a su pueblo de la opresión de Egipto, defina su misión retomando el texto de Isaías:

> El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para dar la Buena Noticia a los pobres. Me envió a anunciar a los prisioneros la liberación, y a los ciegos que verían otra vez; a llevar la libertad a los oprimidos, a anunciar el año de gracia del Señor (Lucas, 4,18-19).

Dentro de la situación dolorosa del destierro, de una cautividad que está tocando o ha tocado a su fin, el texto del Trito Isaías es concreto. Se sabe que los israelitas eran bien materialistas (en el primer sentido de la palabra), que cuando hablaban de la Tierra Prometida, se referían a realidades terrenas; aunque el autor sagrado pueda sugerir realidades ulteriores, se está refiriendo por lo general, primariamente, a realidades materiales y terrenas. De ahí que hable de "anunciar" a los prisioneros la liberación. . . la libertad a los oprimidos, inclusive, cuando hablaba de "anunciar el año de gracia del Señor", es bien sabido que éste se caracterizaba por los grandes beneficios materiales que aportaba a los israelitas: cancelación de deudas, devolución de la tierra, recuperación de la libertad.

Lucas pues, al retomar el texto de Isaías para definir la misión de Jesús, mantiene su sentido primigenio. Ante todo el evangelista, el más social y el más histórico de los cuatro, monta, al parecer de tres visitas diferentes a Nazaret, un episodio solemne e inaugural para caracterizar la misión de Jesús. Con él señala de manera inconfundible la orientación de su vida: una preferencia clara por los oprimidos. No es que la misión de Jesús se agote en lo material, pero sí que solamente a través de una justa valoración de lo histórico, de lo material, de lo concreto tiene sentido la trascendencia.

Si por otra parte recordamos que eran precisamente los ciegos, los sordos, los cojos y, en general, quienes tenían algún defecto físico que los diferenciaba de los demás, quienes eran segregados de la vida comunitaria y oprimidos por los otros como malditos de Yaveh, entendemos muy bien el sentido profundo de la misión de Jesús: anunciar la buena noticia a los pobres, decirles que también ellos, los segregados, los malditos, los oprimidos, eran hijos de Dios, más aún, que eran los preferidos de su Padre. Nada extraño que después de esto lo quisieran apedrear.

Si en este texto de Lucas nos muestra quiénes son los predilectos de su Padre y por lo tanto por quiénes se parcializa El mismo, en Marcos, capítulo segundo, el Evangelista nos presenta a Jesús colocando al hombre concreto por encima de las instituciones, incluida la religiosa:

> El Sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el Sábado. De suerte que el hijo del Hombre también es Señor del Sábado (Mc. 2, 27-28).

Para captar mejor la fuerza del texto es importante recordar que el pueblo judío era un pueblo teocrático, había surgido de su relación con Yaveh y su vida toda, política, económica y social giraba alrededor de El. De ahí que sus instituciones religiosas fuesen intocables, pues evocaban al mismo Dios.

Para el pueblo judío la fidelidad al Señor se cifraba en cumplir sus mandamientos y, según el Deuteronomio (Cap. 5, 12-15) fue Yaveh quien instituyó el Sábado y mandó observarlo en memoria de su gesta libertaria de la cautividad de Egipto. Su observancia era tan estricta que ni siquiera se podía acudir en servicio del prójimo.

Esto explica por qué los judíos no podían aceptar que Jesús quebrantara el Sábado; el hombre no podía cambiar lo que consideraba como voluntad explícita de Dios, así fuera para hacerle bien a los demás. San Juan nos dice en su Evangelio que:

> Los judíos perseguían a Jesús porque hacía estas cosas en Sábado. . . los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el Sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose así mismo igual a Dios (Cap. 5, 16-18).

Jesús sin embargo, a pesar de ser judío y en lo posible respetuoso de la Ley, no podía aceptar la esclavitud del hombre en nombre de Dios. Dentro de la mentalidad judía la disyuntiva en este caso era clara: Dios o el hombre. Y Jesús escoge al hombre. No porque se pueda preferir el hombre a Dios, sino porque no tiene sentido un Dios que destruye al hombre. Es la concepción misma de Dios, su Padre, lo que nos revela Jesús: un Dios Padre cuya gloria está en que viva el hombre, "homo vivens gloria Dei", según la hermosa fórmula de San Ireneo.

Jesús pues, sale en defensa del hombre concreto, del hombre que tiene hambre en día Sábado (Mc. 23, 23-28) que espera ser ayudado en día Sábado (Mt. 12, 9-14). Su defensa del hombre es tan absoluta que ni siquiera la institución religiosa tiene sentido cuando oprime al hombre. La conclusión es clara: Dios, la trascendencia del hombre, lo religioso, tiene sentido si se acepta adecuadamente al hombre en su realidad primera, material, terrena. Una idea de Dios, así se la denomine cristiana, que para mantenerse permita o al menos tolere la destrucción del hombre, como se hace hoy "en nombre de los valores cristianos", sólo puede ser una idea falsa del Dios de la vida, una idolatría de intereses inconfesables.

Una vez presentada la misión de Cristo y la valoración que él

tiene del hombre concreto, histórico, queremos recordar el sentido de la Encarnación. En la parábola del Buen Pastor, el Señor nos dice que:

> El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia (Jn. 10,10).

Es conocida de todos la preferencia teológica de Juan al utilizar el término "vida" (zoe); generalmente no denota solamente la pura vida física, sino una calidad de vida superior, trascendente, la vida del Espíritu. En este caso, sin embargo, podríamos tomar la primera parte del texto como una clara referencia a la vida física. Esto nos permite comprender el fenómeno de la vida en toda su realidad: en un primer momento y de acuerdo con la misión liberadora de Jesús, encontramos que su venida es para que "tengan vida" histórica los hombres que sufren oprimidos por el mal. En un segundo momento para que la "tengan en abundancia", es decir para que como hijos de Dios trasciendan una inmanencia encerrada en los cortos límites de la historia humana. De todas maneras es imposible pensar en un Jesús de Nazaret preocupado de la vida trascendente despreocupándose de su realidad primera, la vida física, material, histórica.

La mejor sustentación de esto es Mateo 25, 31-46. El pasaje es definitivo dentro de la revelación cristiana y, concretamente para nuestro caso: la opción de Cristo por el hombre concreto, físico; por el pobre, por el oprimido.

El Evangelio de San Mateo nos presenta este pasaje como el cúlmen de todo un desarrollo previo: se ha anunciado el Reino, se ha predicado sobre él, se ha descrito su naturaleza y características principales, se ha presentado a la Iglesia como el sacramento de Cristo para la construcción del Reino, se ha desenmascarado violentamente la hipocresía de los Escribas y Fariseos que, entre otras cosas, se consideraban superiores a los demás, se ha hablado en fin, de la igualdad radical de todos como hermanos que somos, hijos de un mismo Padre. . . después de todo esto el Evangelio va a plantear un punto central de la visión cristiana: la realización definitiva del hombre, la constitución indefectible del Reino.

Este pasaje del juicio final hay que leerlo a la luz de la escatología. Se trata de las realidades últimas y definitivas, del momento definitivo de la historia humana colocada a la luz de la segunda venida de Cristo: el hombre, cada hombre, la humanidad entera en presencia de Dios.

En este texto de Mateo se relata la importancia de esta segunda venida del Señor que no es otra que el encuentro cara a cara con él después de la consumación de la historia personal de cada uno. Esto se hace mediante la presentación de tres parábolas por las cuales se inculca:

a) La necesidad de estar vigilantes frente al cumplimiento de nuestras obligaciones concretas.

> Dichoso aquel siervo a quien su Señor, cuando llegue, encuentre vigilante (Mt. 24,26).

Porque si no está vigilante:
b) se merece la respuesta dada a las vírgenes necias:

> En verdad os digo que no os conozco; velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora (Mt. 25, 12-13).

Sólo pues, si se está vigilante a la segunda venida del Señor:
c) se puede escuchar aquella palabra del Señor:

> Bien siervo bueno y fiel, has sido fiel en lo poco, te pondré por eso al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt. 25,21).

Y bien, ¿en qué consiste este estar vigilante? ¿Cuál es su criterio de fidelidad al Señor? ¿En qué hay que ponerlo concretamente para escuchar de El; "entra en el gozo de tu Señor"? La respuesta está clara en los versículos 31 a 46. . . "porque tuve hambre, y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; era forastero, y me acogísteis; estaba desnudo, y me vestísteis; enfermo, y me visitásteis; en la cárcel y vinísteis a verme". Este será el criterio último para separar a los benditos de los malditos; el Señor se identifica con el hombre, lo que se deje de hacer en favor del más pequeño, del más pobre, se deja de hacer al Señor. Cuando trata de definir la realización plena de cada hombre, su fidelidad a la voluntad salvífica del Padre, saber si se ha optado por Cristo o contra Cristo. . . el criterio último no es otro que la atención a los pobres, al hambriento, al sediento, al desnudo, al enfermo, al detenido. En último término, opción definitiva por el hombre en su realidad primera, física, material.

En síntesis. Si a estas consideraciones anteriores agregamos lo que fue la vida misma de Jesús de Nazaret desde su nacimiento en la pobreza del pesebre hasta su muerte en la desnudez de un patíbulo, su diferencia de posición frente al rico Epulón y al pobre Lázaro, sus relaciones personales frente a los poderosos de su tiempo (escribas, sacerdotes, fariseos, Herodes) y frente a los pobres y segregados de la sociedad judía (publicanos, pecadores, zelotes), sus milagros y su entrega total al hombre, especialmente a los más pobres y humillados, encontramos que la vida histórica de Jesús de Nazaret fue el más bello canto a la vida histórica, concreta, material de los hombres como condición imprescindible para abrirse a la vida eterna, definitiva. Imposible creer en Cristo, creer en la vida eterna, sin defender a cualquier riesgo al hombre concreto, a la vida material.

3. Misión de las Iglesias

Consideramos a la Iglesia como la comunidad de creyentes, hermanos que se reúnen para confesar al Señor Jesús. Muchas son las formas parciales a través de las cuales se puede confesar la fe; a través de la oración, de la reflexión, de la celebración litúrgica, del servicio y del compromiso en favor de los demás. . . pero a través de cualquier forma y en todo momento, siempre habrá algo indefectible: testimoniar la presencia viviente de Jesucristo que da vida. Hacer presente en la confe-

sión a ese Jesús que vive y obra en la comunidad de los creyentes; por lo tanto la comunidad cristiana es algo vivo y en tanto tiene vida en cuanto vive de la misma vida de Jesús. De ahí que la Iglesia sólo tiene sentido, como comunidad de creyentes, si continúa la misión de Jesús.

Esto pone en guardia contra el peligro de que formalmente existan numerosas Iglesias cristianas, pero en la práctica algunas de ellas disten de serlo pues no continúan la misión de Jesús. El ser mismo de la Iglesia, su realidad como comunidad de creyentes, depende de si continúa o no la misión de Jesús. Esta misión según lo veíamos antes, incluye como elemento fundamental una clara opción por el hombre y más concretamente por el pobre, el oprimido. Esta opción es tan definitiva en su vida, tan radical, que lo lleva hasta romper con los dirigentes de la religión oficial de su pueblo, pues no puede aceptar que en nombre de Dios se pisotee su imagen.

Al considerar esta toma de posición de Jesús frente a su Padre y frente al hombre, frente a Dios como es El y frente a la concepción que de él tenían las autoridades religiosas, es posible sacar una conclusión importante, a saber, que el punto de referencia para el servicio de Dios es la realidad misma y no su representación tantas veces manipulada. Ahora bien, dentro de un sistema socio-político de injusticia institucionalizada como en el que en muchas partes de América Latina se vive, lo común y corriente es el que exista una distancia grande, a veces una tergiversación entre la realidad y la presentación que se hace de ella, de ahí el que no se pueda aceptar palíar la realidad misma bajo ningún concepto como puede ser el de "orden", "paz", permanencia de las "instituciones legales", "Seguridad Nacional". Terminar negando la realidad mediante la aceptación ideológica de estos conceptos no es otra cosa, en último término, que hacerle el juego a intereses mezquinos.

Al examinar la historia religiosa del Continente Latinoamericano desde la conquista española y más precisamente en estos últimos años, encontramos que en no pocas ocasiones la negación de la realidad y la aceptación ingenua de posiciones ideológicas han amordazado a las Iglesias frente a la violación institucionalizada de los derechos primarios humanos, frente a la tortura, al asesinato y a la desaparición provocada de opositores políticos.

Pero creemos que la situación está cambiando. Hoy se capta mejor la problemática a nivel mundial y se dispone de mejor instrumental científico que permite analizar la realidad. Las Ciencias Sociales permiten detectar las verdaderas causas de la pobreza generalizada de las mayorías populares. A nivel teológico, la nueva reflexión cristiana que está surgiendo, especialmente en América Latina, permite rescatar dimensiones olvidadas de la vida de Jesús y un enfoque liberador capaz de movilizar todo un continente cristiano hacia la construcción de una nueva sociedad, justa y fraternal. A nivel organizativo, las masas populares van exigiendo una mayor participación en el proceso liberador de América Latina y cada vez van comprendiendo mejor que ellas, mediante su organización, son el elemento protagonista de la historia. Corres-

ponde a las Iglesias pronunciar su palabra, decidir desde qué posición llevar a cabo la misión evangelizadora.

Para pronunciar su palabra es necesario primero situarse adecuadamente. Tanto Oaxtepec como Puebla han denunciado la realidad latinoamericana:

> Este pecado, ruptura, del cual nadie queda excluido, toma en nuestro continente formas estructurales particularmente acuciantes:
> 1. Violación de los derechos humanos y de la defensa de la vida.
> 2. Hambre, miseria, marginación.
> 3. Situación de la mujer en la realidad latinoamericana.
> 4. Falta de participación ciudadana en la vida comunitaria a nivel local y nacional en la orientación, planeamiento y decisiones con respecto a la situación de la persona y la comunidad.
> 5. Existencia de regímenes autoritarios y doctrina de la "Seguridad Nacional" y de ideologías que atentan contra los derechos humanos.
> 6. Corrupción de valores humanos y éticos.
> (Oaxtepec, texto 9: Comisión de Trabajo Unidad Cristiana, cap. 1. La vocación hacia la unidad y la realidad de nuestras desuniones, apartado Pautas Teológicas para la orientación de la acción ecuménica en América Latina, numeral 7).
> Países como los nuestros en donde con frecuencia no se respetan derechos humanos fundamentales —vida, salud, educación, vivienda, trabajo. . ., están en situación de permanente violación de la dignidad de la persona (Puebla 41).

Más aún, se ha llegado a una situación tal que es común y corriente que se practique la tortura. Este hecho vergonzoso y que sólo es posible llevarlo a cabo en la oscuridad silenciosa de la mazmorra ha pasado a ser práctica común y corriente, utilizada abiertamente en no pocos países de América Latina.

> A esto se suman las angustias surgidas por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañadas de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada. Tal como lo indican los sumos pontífices, la Iglesia, "por auténtico compromiso evangélico" debe hacer oír su voz denunciando y condenando estas situaciones, más aún cuando los gobernantes o responsables se profesan cristianos (Puebla 42).

Hasta Colombia que con Venezuela pasan por ser los dos países más democráticos de Suramérica, ha merecido durante el gobierno anterior una vigorosa denuncia por parte de Amnesty International:

> Amnistía Internacional, consciente de la situación de crisis confrontada por el gobierno colombiano, considera que existen razones de peso para señalar que la mayoría de las violaciones de los derechos humanos tales como arrestos políticos masivos indiscriminados, detenciones prolonga-

das sin juicio, torturas, procesos sumarios de civiles bajo justicia militar y asesinatos políticos, han sido facilitadas, en gran parte, directa o indirectamente por el prolongado Estado de Sitio, en vigor en el país casi sin interrupción desde el 9 de Noviembre de 1949 (Recomendación No. 1).

Y esto en nombre del "orden" y de la "paz", en países que dicen defender la cultura y la civilización cristiana, por gobernantes que se profesan cristianos y, no pocas veces con el silencio cómplice de las Iglesias.

La realidad dolorosa que se está viviendo en nuestros países hace que el compromiso por los Derechos Humanos y, más concretamente, por los Derechos de los Pobres se haya constituido en la quinta esencia del compromiso cristiano y en el campo privilegiado para la misión de la Iglesia. Si, como veíamos, la opción de Jesús fue una opción radical por el hombre y, por otra parte, en nuestros países se ha estado llegando a límites insospechados en el desprecio por la dignidad de la persona humana, ningún campo tan apropiado para la misión de la Iglesia como jugárselas todas por el hombre. El honor debido al hermano pobre, la atención cariñosa al débil, el apoyo al desposeído, la solidaridad y la lucha al lado del explotado, son todas actitudes propias del cristianismo y que ahora las Iglesias están llamadas a desarrollar más ampliamente.

Pero esto no es fácil. Existen dificultades reales para que las Iglesias todas, las protestantes y la católica, puedan comprometerse seriamente en el campo de la Defensa de los Derechos de los Pobres; Jesucristo para dar Vida tuvo que dar su propia vida, de manera semejante las Iglesias no podrán comunicar Vida si no es a costa de morir a sí mismas.

Como una primera realidad que dificulta el compromiso de las Iglesias, está su propio pecado, esa debilidad interior que les impide adherirse ciegamente al Señor para lanzarse luego a grandes empresas, confiados siempre en su nombre. Se trata de una no suficiente familiaridad con el Señor; el espíritu de adhesión a Cristo no es suficientemente fuerte y, en algunos casos es reemplazado por fríos cálculos de conveniencia humana, y son precisamente estos cálculos humanos lo que lleva a las Iglesias a distanciarse del Señor y renegar de su misión.

Por lo general esta actitud calculadora y esta falta de profundidad espiritual no es otra cosa que el resultado producido por una situación adquirida de "seguridad" y de "establecimiento" que no se quiere cambiar. Una vez que se ha adquirido un cierto "status" social y civil —y por lo general todas las Iglesias en mayor o menor grado lo tienen— no es fácil desprenderse de él, o arriesgarlo, queriendo denunciar la injusticia.

Si a esta situación de Iglesia social y políticamente "establecida", añadimos el poder real de que disfrutan en su medio ambiente, es difícil que puedan comprometerse con los más pobres y desposeídos. Dentro de esta lucha social cada vez más polarizada entre los que tienen y los desposeídos, entre los poderosos y los oprimidos, el hecho mismo de tener cualquier tipo de poder que

no sea el poder del Evangelio, coloca a las Iglesias del lado de los poderosos y, por lo tanto, en oposición a los pobres.

La "institucionalización" siempre ha sido un valor muy apreciable, como que por ella se asegura mejor una cierta continuidad de vida; sin ella es imposible subsistir como cuerpo visible, organizado. Pero también, no pocas veces, ella es principio de esclerotización y de muerte. ¿Cuántas veces es precisamente, su "institucionalización" la que aleja de un organismo la vida? ¿Cuántas veces nos podemos parapetar detrás del caparazón institucional de la Iglesia con el único propósito de defendernos del Espíritu? Tanto la "institucionalización" como el Espíritu son buenos y necesarios, pero deben coexistir correctamente balanceados no olvidando que la primacía debe estar del lado del Espíritu.

Finalmente, es conveniente recordar también la batalla ideológica emprendida a nivel mundial contra los pobres que buscan la liberación y que no deja de afectar profundamente a las Iglesias. Se trata de un auténtico "canto de sirena" que alaba a las Iglesias mientras éstas se mantengan en el dominio "que les corresponde", en el campo "espiritual"; que no escatima ayudas, regalos y servicios con tal de que su labor se limite a la "salvación de las almas". Pero el "canto de sirena" se torna fácilmente en sombríos vaticinios y aún en veladas y abiertas amenazas cuando hay peligro de que las Iglesias se comprometan en el campo de lo socio-político. Si estamos con los pobres, si defendemos sus justas luchas, entonces somos "comunistas" y hemos perdido nuestra identidad religiosa.

Tampoco podemos olvidar que esta campaña ideológica dificulta grandemente el compromiso de las Iglesias con los Derechos de los Pobres.

Ante tales dificultades surge una pregunta: ¿Cómo pueden las Iglesias comprometerse con el hombre, con los pobres, comunicar la vida de Cristo? Esto es posible sólo si se cumplen las siguientes condiciones:

a) La Iglesia debe estar dispuesta a ligar su suerte con los pobres de la tierra. Y esto no es fácil porque los pobres son los pobres física, social, políticamente. Son los que no cuentan, los relegados, los infames, los ignorantes, los mal-educados, los que no tienen recursos, los que no tienen parte en las decisiones, los de mala reputación. Ligar su suerte a la de ellos significa normalmente la pérdida de la fama y del status social. Significa llegar, inclusive, a ser cubierta de baldones por los poderosos de este mundo.

b) La Iglesia debe estar dispuesta a combatir. En otras palabras, una auténtica opción por el hombre, por los pobres, implica, ante todo una aceptación de la realidad latinoamericana como una situación de conflicto; no se trata de negarla, sino de asumirla cristianamente. Por lo tanto la pasión, el odio, la venganza no tienen cabida ninguna, mientras que el discernimiento, el realismo, la política deben estar presentes. En un segundo momento, la opción por los pobres significa tomar partido por ellos, formarse la idea de que generalmente de parte de ellos está la ra-

zón, sin mengua, claro está, de un espíritu crítico que analice cada caso concreto.

Asumir la causa de los pobres significa también, en un tercer momento, apoyar sus reivindicaciones y participar en sus luchas populares. Sólo mediante la práctica y la participación en los conflictos socio-políticos se puede expresar la solidaridad con las clases populares en búsqueda de la liberación.

Dentro de esta lucha socio-política es necesario, finalmente, tener siempre muy presente el papel que corresponde a las Iglesias; tener cuidado de guardar su sitio sin extralimitarse. No le corresponde a ellas el liderato del movimiento popular, sino que son otros quienes orientan, dirigen, deciden: las organizaciones populares; a las Iglesias como tales, corresponde apoyar y colaborar al proceso de liberación aunque siempre de manera crítica.

c) La Iglesia debe estar dispuesta a morir, a entregar su vida para que tengan vida los pobres. "Si el grano de trigo no muere. . ."; "la suerte del discípulo no puede ser mejor que la del Maestro. . .". Con razón decían los primeros cristianos ante la persecución "sangre de mártires, semilla de cristianos", es decir, de hombres nuevos.

Este es el paradigma fundamental cristiano: por la pasión y Muerte a la Resurrección. De ahí que nuestra visión cristiana no sea negativa ni pesimista sino que esté abierta a la Resurrección. Nuestra fe está puesta en Cristo y es él quien garantiza nuestro triunfo final: "Quien pierde la vida por mí. . . la encontrará".

DATE DUE

JUN [illegible]			

DEMCO 38-297

BT738.15 .B47 1983
America Latina clama a las iglesias : un
Princeton Theological Seminary–Speer Library
1 1012 00210 0073